

Carlos Real de Azúa, ANTOLOGÍA DEL ENSAYO URUGUAYO CONTEMPORÁNEO, Tomo I. Departamento de Publicaciones de la Universidad de la República, Montevideo, Uruguay, 1964, pp. 181-189.

Alberto Zum Felde (1889)

Nació en Bahía Blanca y vivió la típica juventud intelectual del 900: bohemia, poesía, dandysmo ostentoso, grandes posturas provocativas. Fueron sus años (que ha evocado Manuel de Castro) de “Aurelio del Hebrón”, de periodismo pueblerino en Maldonado, de las tentativas teatrales: **Lulu Marbat**, **El Derrumbe**, del desafiante discurso en la tumba de Julio Herrera y Reissig (1910).

Se asentó después en el articulismo y el estudio; publicó **Domus Áurea** (1919), dirigió LA PLUMA en su primera, época -agosto de 1927 a setiembre de 1930- aunque desde 1928 sólo la constancia de su dirección aparece en la revista, en cuyo primer número estampó Zum Felde, rotunda, certeramente, la disidencia americana a las pretensiones de LA GACETA LITERARIA de Madrid de hacer pasar por allí **el meridiano intelectual de América**.

No son fáciles de separar, claro está, la personalidad crítica de este escritor y su obra ensayística. Como crítico, tarea que aquí dejo al margen, Zum Felde llevó a su madurez una función que tenía sus precedentes en el siglo pasado (Lamas, Bauzá, Melián Lafinur, Desteffanis), en la que se ejercieron más tarde Rodó, Barret, y Pérez Petit y que cultivaron entre la promoción de sus contemporáneos, a veces con acierto, Gustavo Gallinal, Dieste, Falcao Espalter y Alberto Lasplaces.

Desde 1918 a 1930, en sus artículos de EL DÍA y EL IDEAL Zum Felde renovó sustancialmente el juicio que sobre la literatura uruguaya pasada y presente acostumbraba formularse. En esa renovación puso dotes muy singulares (por lo menos entre nosotros) de penetración comprensiva, estrictez de valoración, capacidad expositiva, voluntario ceñirse a la obra o al autor. En **Crítica de la literatura uruguaya** (Montevideo, 1921), en **Proceso intelectual del Uruguay** (Montevideo, 1930 y Buenos Aires, 1941), en **La literatura del Uruguay** (Buenos Aires, 1939) y en el resumen preparado para la Editorial Jackson (abreviaturas las dos últimas, más bien mortecinas, del **Proceso**), en su antología **Índice de la poesía uruguaya contemporánea** (Santiago de Chile, 1935), Zum Felde rompió con la dudosa tradición nacional, y aun sudamericana, de una crítica inhibida en su plena función por consideraciones de vanidad tradicional, por la inflación patrioter, política y localista, por vinculaciones familiares y de clase, por la piedad sentimental, por ambiciones descolocadas (con Julio Herrera y Obes pergeñando sobre Chaucer, con Melián Lafinur divagando sobre **Las mujeres de**

Shakespeare...). Desdeñó, aunque pese a su ejemplo siguieran viviendo, la crítica de cortesía y la del bombo mutuo, la crítica de glosa (como la muy buída de Rodó sobre Darío), la de resúmenes de obras y digresión incontrolada, a lo Roxlo, y la monografía de tipo pedagógico, valiosa pero limitada, de "Lauxar". Su estrictez, que a veces se adensó hasta la abierta agresividad, no siempre fue, señálese, equitativa, y aun podría registrarse tendenciosidad política en algunas valoraciones (pro Sánchez, contra Rodó), no separable seguramente de su militancia en el Batllismo y de su trabajo regular en su prensa en aquella tercera década del siglo. También se le ha objetado (Gregorio Weinberg en COMENTARIO, Buenos Aires, n° 15 y el que esto escribe en MARCHA, n° 791) lo que algún inglés llamaba **the cult of inaccuracy** (Groussac recordaba la expresión). La propensión frecuente y viciosa al trabucamiento de títulos, nombres, fechas, atribuciones, afea muchas páginas meritorias del crítico uruguayo. Toda exactitud en el dato parece ser tenida por Zum Felde como virtud negligible y, pese a los señalamientos, sus últimos textos no lo muestran curado de esta penosa tendencia.

No puede negarse, con todo, que fue él quien –hasta la aparición de Emir Rodríguez Monegal– puso a la crítica uruguaya sobre sus pies, el más capaz a un tiempo de ver **lo que** en un escritor importa y **qué** escritores importan, el que más se acercó a una posible, y debatible, "objetividad", el que más coincide (mérito relativo pero efectivo al fin) con las valoraciones críticas –que sin duda influyó– de las generaciones posteriores. Si esto cabe afirmar de la constelación del **Proceso** y sus variantes, más discutible es, en cambio, el logro de los dos volúmenes del **Índice crítico de la literatura hispanoamericana**, publicado en México (**La Ensayística** (I), 1954 y **La Narrativa** (II), 1959). Los problemas metodológicos, las exigencias de información y de lectura que implican, el campo demasiado vasto de la literatura continental, no es probablemente un crítico del tipo de Zum Felde el mejor dotado para enfrentarlos y la tarea fomentó (sobre todo en **La Ensayística**) algunas de las peligrosas facilidades que le acechan y que en el área más modesta de la literatura uruguaya amortiguaban sus efectos.

Saliendo de su actividad más especializada, hay que apuntar que todo el pensamiento de Zum Felde se filia en cierto momento de su formación intelectual, que bien pudiera coincidir con el "novecentismo" (véase noticia sobre Eduardo Dieste). Fueron sus postulados cardinales: intuicionismo, funcionalismo, vitalismo, descubrimiento del subconsciente, afán de experimentación estética, devoción por un "hoy", espumoso y huidizo, los que él vertiera en una serie de conferencias recogidas en **Estética del Novecientos** (Buenos Aires, 1927).

Un poco más allá, sin embargo, de este "novecentismo", lo que completa el esquema de su personalidad intelectual es la acción de los relentes, de las vigencias ambientales (más que la cabal reviviscencia del proceso) sobre "la crisis del Ochocientos" y de sus voceados trazos (naturalismo cientista, determinismo,

materialismo, positivismo, fe en el progreso automático, etc.). Sobre altas afirmaciones antitéticas: libertad, personalidad, espiritualidad, “restauración metafísica”, afán por superar el racionalismo se compagina en Zum Felde una “filosofía de la cultura”, casillero filosófico en el que Ardao (**La filosofía en el Uruguay en el siglo XX**) con razón lo coloca si es que como filósofo (lo que dudo vehementemente) puede ser considerado. Los grandes nombres que el ensayista maneja en aquel vistoso, libro (Spengler, James, Freud, Von Uexküll, Einstein, Bergson) bien pueden ser considerados sus pensadores formativos, sin olvidar a Nietzsche, de quien afirmara no hace mucho que fue su principal nutrición (en EL PAÍS, 26 de agosto de 1962).

Bien o mal fundamentada, esta filosofía de la cultura funcionó en Zum Felde con eficacia vertebradora y aún podría afirmarse respecto a ella que su etapa católica, marcada por el libro de su conversión, no es más que una acentuación, y una última consecuencia de sus principios.

Crítica y ensayo (es decir, la obra casi entera) están vertidos en el autor del **Proceso intelectual** en un inconfundible tono afirmativo, apodíctico, incoerciblemente dogmático, un “estilo altivo”, si cabe el término, un sí es no es mosqueteril, hecho de juicios conclusivos, de aseveraciones rotundas. Difícil es hallar en sus textos matizaciones, dudas, reservas, interrogaciones. Las que Vaz Ferreira llamaba “falacias de falsa precisión” imperan en ellos, desdeñando toda esa faena de sutiles ajustes a través de los cuales el pensamiento necesariamente ondulado, cauto, busca ser fiel a la densidad últimamente inconceptuable de lo real. Porque, paradójicamente, el empeñoso postulador del realismo antidogmático que Zum Felde ha sido (es la médula del alegato de su **Ocaso**) resulta siempre una mentalidad teorizadora, esquemática, más gustosa de arrogantes aristas que de veraces asimetrías, más inclinada a las grandes síntesis y a los contrastes maniqueos que a las modestas observaciones, matizadas y penetrantes.

No puedo dejar de relacionar con esta voluntad de altura el lenguaje de Zum Felde y su gusto por la sustitución de los vocablos aplicables a las realidades en beneficio de los que expresan su manejo científico, por los términos abstractos, por todo el arsenal filosófico, por los sonoros esdrújulos. Sus lectores deben afrontar un continuado detonar de **fenomenalidad, esencialidad e historicidad, de sociológico, dogmático, dialéctico, exegetico, teorético y pragmático**, todo un rol de palabras que ofician como bien situados timbalazos en sus oberturas doctrinales.

Porque, como Rodó, es Zum Felde un gran orquestador de ideas generales, especialmente de aquellas que versan sobre los problemas americanos y de las que giran en torno a lo que, en la Introducción, con minucia acaso excesiva,

recapitulamos como “deontología del intelectual y la cultura”. Los temas (que también maneja José G. Antuña en **El Nuevo Acento**, 1935) de “presentismo” y “tradición”, de “arraigo” y “desarraigo”, de “lo americano” y “lo europeo”, de “dependencia” y “emancipación”, de “universalismo” y “localismo”, de “imitación” y “originalidad”, los ingredientes y las influencias de la cultura americana, la “crisis de los valores”, la quiebra del positivismo, son el ámbito en que se ha movido en forma tan reiterada que casi podría marcarse una obsesión si se recorre lo que va desde **El Huanakauri** (1917) hasta **El problema de la cultura americana** (Buenos Aires, 1943), pasando por su nombrada **Estética del Novecientos**.

Es ajeno al plan de esta antología el material de **Proceso histórico del Uruguay** (Montevideo, 1919), reeditado en 1941 y 1943 con el título de **Evolución histórica del Uruguay** y vuelto a editar durante 1963 con el rótulo primitivo. Precedido por un temprano ensayo: **El Uruguay en el concepto sociológico** (1911), el **Proceso histórico** ha constituido el rubro más fuerte en la extendida reputación de Zum Felde. En él probablemente por primera vez, y en forma sistemática, se soslayó una historiografía de “acontecimientos”, partidaria, mediatizada sin remedio, y se acometió, con exactitud –se diría que con adivinación sorprendente para la masa de evidencias utilizadas– un enfoque histórico radicalmente distinto. Fue no a los “invariantes” pero sí a los fenómenos estructurales básicos, durables, y de naturaleza económica, social, cultural, política, al perfil de los grandes períodos de nuestro pasado que apuntó la construcción de Zum Felde que, si tenía en verdad precedentes en cada una de sus partes, nunca se había emprendido con la ambición abarcadora con que él levantó la suya. Resultó un libro iluminador este que llamó **esquema de sociología uruguaya**, aunque en puridad no sea tal cosa, pues no han constituido nunca el fuerte del autor los deslindes metodológicos. Su talento rapsódico, de carácter generalizador, es inclinado a moverse en esos planos un poco vagarosos (o que él cree tales), del tipo de la “filosofía de la historia”, el de la “sociología”, que es su preferido. Esa clase de perspectivas le permite poder brincar a menudo sobre un material empírico trabajoso de recorrer, aunque aceptemos que no es fácil ni unívoco el deslinde de historia y sociología y pueden tener algo de la última esos “cortes” transversales en el flujo temporal y esa atención a lo típico en detrimento de lo singular, sólo convocado a título de ejemplo. Aunque, contra lo que afirma Zum Felde en la introducción de la última tirada, **mucho ha cambiado** en la historiografía nacional y en la posición de su libro en ella, aun es encomiable su planteo, hoy superado en cada uno de sus elementos pero sin un sucesor de redondez similar.

Accedido a la vida intelectual bajo el estilo disconforme y casi revolucionario de la intelectualidad del 900, Zum Felde adhirió después al Batllismo, en ese movimiento al que ya se ha aludido (Introducción, III) y sus

primeros libros reflejan las valoraciones de ese radicalismo populista que Batlle logró atraer junto a sí. Prescendente más tarde de toda afinidad política, Director de la Biblioteca Nacional, solitario y distante, es por ello interesante, aunque demasiado atípico en su producción, **El ocaso de la democracia**, publicado en Santiago de Chile en 1939 y precedido por una serie de artículos en el diario URUGUAY. Aleccionado por la crisis de las instituciones representativas y por la quiebra de la ideología liberal, Zum Felde compuso este libro que, en el mismo tono afirmativo de sus otras obras, opone, como explicación de ese ocaso, el carácter teórico, esquemático, apriorístico, racional de la democracia frente a los valores de la experiencia, la práctica, la realidad, los móviles extra-rationales de la conducta individual y social. Es sobre ellos que el autor postula se realice la invención de nuevas estructuras, capaces de salvar la inspiración humanística de las instituciones políticas occidentales. El libro, en todo, y pese a sus fallas, es seguramente el texto más interesante de la ola antiliberal que, si bien con menos intensidad que en la Argentina, tuvo alguna significación en el Uruguay de esos años. Más tarde, en plena guerra (LA MAÑANA, 15 -de setiembre de 1942), sostuvo Zum Felde sin desdecirse que sólo sería el momento de la paz la hora de los “reajustes” y las “rectificaciones” de la democracia.

Oscilan entre el ensayo y el **teatro impopular**, y confesadamente irrepresentable, los diálogos **Alción** (1934) y **Aula Magna o la Sibyla y el Filósofo** (1937). Podría discutirse la confianza del autor en su capacidad de **animar las ideas con el soplo dramático de la vida** y aun sostenerse que su énfasis abrumador perjudica el llano interés intelectual que puedan poseer. De cualquier manera, el segundo que esgrime el contraste entre la **razón dialéctica** y el espíritu religioso **teologal**, que postula la subordinación de lo histórico-temporal, la acción inmediata, lo económico y lo político al espíritu y a la contemplación, no sólo subraya la indudable orientación del pensamiento de Zum Felde: anuncia también el libro que le seguiría veintidós años más tarde.

Si este, **Cristo y nosotros** (Montevideo, 1959), es obra más ensayística que narrativa, ello obedece a la circunstancia de que lo que pudo -y dígame sin retaceos-, lo que debió ser la historia cálida, íntima y siempre interesante de una conversión religiosa se convirtió en una tentativa -púdica, hay que reconocerlo- de fundamentar impersonalmente cualquier adhesión a la Iglesia. Ya existía en nuestra bibliografía el libro **Historia de mi conversión al catolicismo**, publicado en 1929 por un olvidado escritor hispano-uruguayo, Luis Bertrán. Zum Felde emprendió, sin suficiente bagaje intelectual, lo que en puridad es hoy tarea para un equipo de especialistas, esto es, argumentar su pertenencia escriturística. Esta apologética -**modestos apuntes** le llama el autor en involuntaria autocrítica- puede resultar más fresca, más cercana al lector moderno que las tradicionalmente fatigadas; no deja de ser lamentable el esquematismo de manual de muchos razonamientos y la agresividad esporádica

del tono. Abundan en las páginas de **Cristo y nosotros** las acusaciones de **locuras, dislates, desvaríos, falacias y ligereza de sesos** a los objetores de la ortodoxia y especialmente a la exegética racionalista y es posible que tales acritudes, aun explicables ante ciertas “hipótesis” escriturísticas, impliquen un desconocimiento de la dificultad de toda convicción religiosa para ese hombre de hoy que ha sido masivamente modelado por el naturalismo científico y la racionalización. Así volatiliza Zum Felde lo que subyacentemente –y testimonialmente– importa en su libro: el desajuste de un ser humano a la inmanencia social, su hambre de sobreviviese y trascender, la legitimidad de una experiencia espiritual no condicionada.

Los textos elegidos muestran algunas de las características que se han apuntado.

En **La ironía de nuestro coloniaje intelectual** se afirma que **el patriotismo nada tiene que ver con la cultura**, tajante aseveración que deja fuera de foco todo el caudaloso movimiento cultural del nacionalismo romántico del siglo XIX y buena parte del esfuerzo intelectual del mundo sub-desarrollado en nuestra centuria, buscando fundar en los propios hontanares de cada pueblo las formas espirituales acordes a la recuperación integral de cada comunidad. El texto, sin imputar nada a factores o fuerzas económicas o políticas concretas, expresa el profundo malestar de la intelectualidad hispanoamericana más libre por la mediatización intelectual y el correlato imperialista –mediato o inmediato– que lo acompaña. Pero también parece demasiado alusivo hablar de lo **uropeo** cuando se está diagnosticando una situación que es el resultado, o por lo menos la herencia, de un “status” no cultural sino primordialmente económico y político, organizado y beneficiado por Francia o Inglaterra en el siglo pasado y por los Estados Unidos en el actual.

Excepción, si bien no única, a la corriente “arielista” de nuestros escritores del 900, Zum Felde no cree que los Estados Unidos sean un peligro para nuestra “personalidad cultural” por el simple hecho de que no la tenemos y porque para tenerla tendría América Latina que emanciparse de Europa y vencer los dos enemigos: **el nacionalismo y la Hispanidad**.

Cabe preguntarse en qué empíreo supone Zum Felde que planea la cultura para aceptar como pensable que una potencia (los Estados Unidos en este caso) pueden mediatizar y deformar todos los elementos de una colectividad y no tocar su “personalidad cultural”. También si cree que esta (siempre hipotética) “personalidad cultural” tiene que estar compuesta por ingredientes absolutamente incomunicables para que no valga la pena evitar su corrupción. Entendiendo al **nacionalismo** en un sentido puramente localista y defensivo – afirma que darle amplitud continental sería disolverlo en oratoria– no previó la

tendencia a la “supernacionalización del nacionalismo” que es hoy el hecho universal y promisorio de las áreas coloniales pero que ya estaba lúcidamente postulado por americanos del tipo de Rodó y Vasconcelos. A la **Hispanidad, El Problema de la cultura americana**, escrito en 1942, le dio un peso desproporcionado a su real importancia: nunca pasó en casi todas partes de nuclear pequeños grupos con poca significación política e intelectual. **Nosotros y los norteamericanos** trata un tema clásico de la ensayística hispanoamericana: el contraste de dos tipos de sociedad y formas de civilización. Es posible ver en este texto de Zum Felde un enfoque generalizador que se acerca mucho, con todas las divergencias de sentido, al “Ariel” rodoniano, y está, inversamente, en aguda contraposición con las visiones directas, del tipo de **Del Plata al Niágara**, de Groussac o **La ciudad de nadie**, de Arturo Uslar Pietri. El fragmento, basado entonces en un esquema de tipo cultural y psicológico-social, de carácter estático, no demuestra, precisamente, un conocimiento muy cabal de la cultura norteamericana. Todas sus afirmaciones sobre ella ya circulaban hacia el 900, pero la del rasgo ético-pragmático de su filosofía, si no inexacta, es una generalización peligrosa, como lo son sus nociones de **utilitario** y **utilidad moral**. También parece conocer poco los caracteres -muy complejos- de la religiosidad norteamericana, la crítica interna suscitada por esa misma cultura, y el carácter teocrático y clasista de esa sociedad colonial estadounidense tan idealizada por nuestros liberales del 800. Su concepción de una civilización sobre una base asociacionista, como conmixión de “ingredientes” psico-sociales, deja en este caso a oscuras lo que mejor puede caracterizar el moderno “modo de ser” norteamericano y su contraste con nosotros: la industrialización y sus efectos; la influencia imperialista; la sociedad de masas; las pautas sociales del capitalismo monopolista. Es una brillante generalización aquella en que se engloba, bajo la abstracción de **lo práctico**, los imperativos del desarrollo y la tecnificación que son hoy consignas universales y no algo que tengamos que rechazar o aceptar en función de hostilidad o simpatía histórica hacia los Estados Unidos.